

-12.043-

~~AFR 6731~~

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

AFIL. 187-14

# CICLO DE CONFERENCIAS

SOBRE PROBLEMAS

## IBERO - AMERICANOS

ORGANIZADO Y PATROCINADO POR

### CENTRO GALLEGO DE MONTEVIDEO



PRIMERA CONFERENCIA pronunciada

en el salón de actos públicos de

CENTRO GALLEGO

el día 26 de Septiembre de 1925 por el

**Dr. Juan Zorrilla de San Martín**

Tema: HISPANO-AMERICANISMO



00960075

## DATOS BIOGRAFICOS Y BIBLIOGRAFICOS DEL DR. ZORRILLA DE SAN MARTIN

El Dr. Juan Zorrilla de San Martín, es el autor de "Tabaré" y "La Leyenda Patria". Jurisconsulto, magistrado, periodista orador, diputado, diplomático, catedrático de literatura y de derecho internacional, miembro correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia es, por sobre todo eso y antes que nada, el gran poeta uruguayo.

Nació en Montevideo el 28 de Diciembre de 1855: hizo sus primeros estudios en el Colegio de los RR. PP. Jesuítas; cursó luego su bachillerato en el Colegio de Santa Fe (República Argentina), pasando más tarde a Santiago de Chile, donde se graduó de doctor en Jurisprudencia.

Vuelto a su patria, donde le esperaba la gloria literaria, publicó su "Leyenda Patria", el triunfo literario más resonante que registran los anales literarios del país, triunfo que se repitió al aparecer "Tabaré", el gran poema americano que arrancó palabras de admiración a don Juan Valera. La ola política lo envió como a todos los hombres de su generación. Fundó su diario "El Bien", y lanzóse a una lucha ardiente y apasionada.

Luego marchó a Europa. Representó a su patria en el carácter de Enviado Extraordinario y Mi-

nistro Plenipotenciario en España, Portugal, Francia y el Vaticano. En su libro "Resonancias del camino" recogió las sensaciones de su viaje a través del viejo mundo. En Madrid intimó con las más ilustres personalidades. Fué el primer americano que hizo oír su voz en la tribuna del Ateneo de Madrid; se le designó para hablar en la velada celebrada en el Teatro Real en honor de don José Zorrilla, y asistió y tomó parte en las deliberaciones de las Reales Academias Española y de Historia.

Es comendador de la Legión de Honor; Gran Cruz de Isabel la Católica; comendador con placa de Carlos III; caballero de la Orden Pontificia de San Silvestre, etc.

Sus obras principales son: Notas de un Himno, Jesuitas, La Leyenda Patria, Tabaré, Resonancias del Camino, Huerto Cerrado, Conferencias y Discursos, Artigas, (magnífico poema) etc.

Recientemente el pueblo uruguayo rindió un grandioso homenaje ante la estatua de Artigas (el precursor de la nacionalidad uruguaya) al doctor don Juan Zorrilla de San Martín, acaso la figura más prominente de la República del Uruguay.



# Conferencias sobre problemas ibero americanos

---

Palabras pronunciadas por el Dr. Constantino Sánchez Mosquera, presidente de Centro Gallego, en la inauguración del ciclo de conferencias Ibero - Americanas.

---

Señoras. Señores:

Hoy es un día de fiesta solemne para "Centro Gallego" y para la colectividad española radicada en Montevideo. Hoy inauguramos el ciclo de conferencias sobre problemas ibero-americanos que ha organizado y patrocinado la Asociación de mi presidencia.

Es de presumir que el estudio de estos problemas interese por igual a los pueblos y a los ciudadanos de Ibero-América; y se comprende que así sea, porque, pueblos que han sido gestados en las entrañas de la misma y única excelsa matrona; pueblos que han recibido el calor durante su primera infancia en el mismo y único regazo; pueblos que han nacido a la civilización bajo los auspicios de la misma madre; pueblos que tienen intereses comunes y que no tienen intereses que puedan distanciarlos, se comprende, repito, que estos pueblos y los ciudadanos de los mismos, tengan interés por el estudio de los problemas que tan íntimamente les afectan.

Y es así por qué el "Centro

Gallego" cree que al inaugurar este ciclo de conferencias presta un beneficio a los intereses y a las relaciones que deben de existir entre los pueblos de ascendencia ibérica. Pero, al propio tiempo, el "Centro Gallego" no hace otra cosa que cumplir con uno de sus elementales deberes, porque entiende que si los pueblos y los ciudadanos de Ibero-América, ya sean radicados en España, ya sean radicados en estos países, tienen la obligación de interesarse por el estudio de los problemas que le son afines, entiende "Centro Gallego" que esa obligación es más imperiosa para las colectividades españolas radicadas en América, ya que ellas constituyen el nexo, el medio más poderoso para sostener la vinculación entre España y las repúblicas hispano-americanas.

Es cierto que durante las guerras civiles sostenidas por los españoles de la península y los radicados en América, hasta conseguir por éstos la emancipación, hubo necesidad de apelar a medios violentos para que los de

signios americanos se cumplieran, pero también es verdad que en ningún momento perdieron estos pueblos la afluencia inmigratoria procedente de nuestra patria. Es cruenta la separación de la madre y del hijo que engendrara en sus entrañas, cuando se corta el cordón umbilical; pero de inmediato, sin solución de continuidad observamos que la madre continúa amamantando a su hijo, que continúa proporcionándole vida, a expensas de su propia vida, aún cuando las corrientes sanguíneas no nutran al nuevo ser, por intermedio del cordón umbilical y obedeciendo al mismo impulso cardíaco.

Lo propio ha sucedido con España y sus hijas americanas. En forma cruenta se hizo la sección del cordón umbilical, pero de inmediato la madre España ha procurado continuar inyectando vida a expensas de su propia vida, consintiendo y fomentando la emigración a estos pueblos de origen español.

Son por lo tanto las colectividades españolas de América el medio más eficaz para sostener y consolidar los vínculos de familia que por herencia nos hemos transmitido y, es a las colectividades a quienes corresponde, en primer término, la realización de actos que, como el de hoy, sirven para divulgar los conocimientos históricos que constituyen el fundamento de la personalidad bien definida de una gran familia: de la familia Ibero-Americana.

Yo lamento no poder asumir en este momento la representación

de los españoles de América; por lo que me es personal, debo manifestaros que no quiero añadir a la pena que me produce el observar cómo se injuria gratuitamente a mi patria en estos países,—a la pena que me produciría si estos países fueran calumniados en mi patria—; no quiero añadir, repito, el remordimiento del crimen de abandonarla por los mezquinos intereses de egoísmo personal, porque entiendo que las conveniencias personales deben pasar a segundo término, dejando en la vanguardia los sacrosantos intereses de la patria. (Aplausos).

La recolección de frutos va precedida indefectiblemente de la siembra. La selección de la semilla y la elección afortunada del sembrador son factores muy de tener en cuenta para una buena cosecha, pero no olvidemos que la tierra, la madre tierra, es la que se encarga de proporcionar los medios para la germinación de la semilla sembrada, y esta tierra, esta madre tierra que recoge en su seno y les proporciona los medios para que den frutos las semillas seleccionadas que se siembran desde esta tribuna por sembradores elegidos, esta tierra la constituís vosotros concurrentes a estos actos. La constituyen los pueblos de Ibero América, los ciudadanos de la familia Ibero Americana.

Continuemos, pues, sembrando ideas de paz, de armonía, de amor y de cariño entre los ibero americanos; estudiemos los problemas que nos son comunes y dejemos al tiempo la fecundación y ger-

minación de estas ideas, que si no llegan a producir frutos maduros y apetitosos para los sembradores, los producirán de primera calidad para nuestros descendientes.

Es probable — y esto impórtame manifestarlo — que los espíritus superficiales y poco cultivados se sientan incómodos si algunos de los oradores que vienen a honrar la tribuna de Centro Gallego hiciera alusión a errores que pudiera haber cometido España durante el descubrimiento, la conquista, la colonización y la independencia de los pueblos ibero-americanos. Y bien, yo creo que esos espíritus superficiales y pocos cultivados sufren una equivocación. Los ibero-americanos, y en este caso he de referirme especialmente a los españoles, no debemos de pretender que los estudiosos vengan a esta tribuna dispuestos a halagar nuestra sensibilidad patriótica; no, nosotros hemos de conformarnos con la verdad histórica, y lo único que debemos de pretender, lo único que debemos de exigir, si para ello tenemos la suficiente fuerza de convicción, es que al lado o enfrente de los errores y de los vicios de España, se coloquen los aciertos y las virtudes, y si así se hace, bien seguros podremos estar de que saldremos gananciosos.

El “Centro Gallego” inaugura hoy este ciclo de conferencias, para el cual han ofrecido su valiosa cooperación distinguidísimos ciudadanos argentinos y uruguayos; en verdad, no podíamos inaugurarlos bajo mejores auspicios. Es un hijo del Uruguay, un excelso,

un exímio poeta que, gracias a la poderosa inspiración de su ingenio, ha conseguido que Ibero-América lo considere como a uno de sus hijos más preclaros; es un hijo predilecto de la gran familia ibérica; es uno de los hombres que por sus bien saneados prestigios, cuando las generaciones venideras quieran recorrer la antología de los autores ibero-americanos, su nombre, el nombre de Zorrilla de San Martín, al igual que un astro de primera magnitud, brillará y se encontrará entre los primeros. (Muy bien. Aplausos)

Y bien: la tribuna del “Centro Gallego” que hasta hoy puede decirse que era modesta en demasía, de hoy en adelante tendrá todo el prestigio que puede aportar el exímio poeta, el excelso hispanista, el gran amigo de España, el hijo de la tierra de nuestros hijos, el hijo de Ibero-América, el doctor Zorrilla de San Martín. (Muy bien. Aplausos).

En nombre de “Centro Gallego”, declaro inaugurado este ciclo de conferencias, agradezco a los socios y no asociados su presencia en este acto y, al ofrecerle la tribuna al doctor Zorrilla de San Martín, séame permitido advertir que “Centro Gallego” adquiere con él una deuda de gratitud que no podrá solventar jamás, pero si no paga esta deuda, “Centro Gallego” vivirá siempre muy agradecido al doctor Zorrilla de San Martín.

Doctor Zorrilla de San Martín. En nombre de “Centro Gallego” os ofrezco esta tribuna. (Muy bien. Grandes aplausos).

## Síntesis de la Conferencia del Dr Zorrilla de San Martín

---

(Prolongados aplausos).

El doctor Zorrilla de San Martín, — ¡pobre doctor Zorrilla de San Martín; — señoras y señores, tiene que venir a ocupar este puesto abrumado por las palabras que acaba de pronunciar el Presidente del Centro Gallego. Todos y cada uno de vosotros, señores, vosotras también, señoras, os dáis cuenta de toda la responsabilidad que está pesando sobre mí. ¿Cómo voy a corresponder a semejante expectativa?

Cuando hace algún tiempo, señores, quizás un mes, mi amigo el Presidente de esta institución me ofreció el honor de ser yo quien inaugurara este salón de conferencias, no pude rehusar a la invitación, porque habría sido ingratitud hacerlo; pero no sólo por eso, sino porque no presumía que, precisamente, la inauguración de este salón iba a coincidir con este momento en que todos los orientales celebramos el mes clásico de nuestras glorias centenarias, y que, en esta celebración, iba a ser yo una de las víctimas inmoladas, puede decirse, a la patria. Porque lo he sido, señores! Objeto de manifestaciones evidentemente desproporcionadas con mis méritos, he tenido que someterme a ser lo que he sido en estos días: un simple pretexto, un

simple símbolo en torno del cual se congregaron afectos de todos mis conciudadanos para realizar la manifestación, no en honor del pretexto, del símbolo, sino en honor de la patria misma, que ha tenido un manto tan grande que ha podido rodearse entero en torno de un ideal, de un ideal puro, de una especie de fantasma de niebla y de luz impalpable y transparente, como soy yo! No podía creer que esta inauguración iba a coincidir con este momento en que estamos celebrando las efemérides patrias!

¿Son acaso compatibles esas efemérides, esos entusiasmos nacionales de los uruguayos con el entusiasmo de que debo yo sentirme poseído en este momento hacia la causa, hacia la idea, hacia el ideal que encarna el Centro Gallego? Al pensar en eso, señores, precisamente, surgió en mi espíritu el tema fundamental que tengo que desarrollar en esta conferencia. No sólo son compatibles, señores, sino que yo he visto en la celebración de las glorias, de los recuerdos españoles, de los esfuerzos que todos hacemos por vigorizar en el alma hispano-americana el amor a España, un complemento, un algo indisoluble con el sentimiento nacional de todas

y cada una de nuestras repúblicas americanas.

Se habla muy generalmente, señores, al tratar de estos asuntos, de "El Día de la Raza", "La Fiesta de la Raza", entendiéndose por ella la fiesta española, la fiesta Hispano-América. ¿Está bien empleado el término "Fiesta de la Raza"? ¿Qué es eso de "Raza"? ¿Somos nosotros acaso de una raza especial?

Yo no conozco en el mundo, propiamente, más que cuatro o cinco razas: la blanca, la negra, la aceitunada, la rojiza. Nosotros pertenecemos a distintas de esas razas. Si tratamos, pues, el punto antropológicamente, creo que está mal empleado el término "Día de la Raza", "Fiesta de la Raza", "Gloria de la Raza"; pero si nosotros tomamos el término, no antropológicamente, sino etimológicamente, y la palabra raza la tomamos como "raza, radix, raíz, tronco común", es indudable que nosotros constituimos una gran familia con un tronco común.

Razas existían en América. Al pensar en eso fácilmente tocó las grandes glorias que tantas veces hemos cantado.

Recuerdo el Descubrimiento de América, gloria inmarcesible y exclusiva de España. Pronto vamos a recordar ese momento solemne; pronto vamos a oír ese grito de "Tierra!" lanzado después de tan larga expectativa, de aquella carabela "La Pinta"; pronto vamos a creer escuchar el "Ave María Stella" de las tripulaciones arrodilladas en torno

de la figura gigante de Colón, frente a aquel mundo que descubrió a Colón. Porque no fué Colón quien descubrió a América: fué América quien descubrió a Colón. Vosotros sabéis que Colón y sus animosos navegantes iban buscando el Oriente por el Occidente. Buscaban los extremos del mundo conocido, por el otro lado, y se encontraron con el Occidente luminoso, con el otro Sol. Ellos iban buscando el extremo de Asia, quizás, y he ahí que les sale al paso este nuevo mundo, extendido entre polo y polo, este mundo colossal, con todas las bellezas de la naturaleza, con todos sus cielos, con todas sus tierras, con todos sus montes, con todas sus riquezas, y les sale al encuentro para decirles: "Aquí estoy!, soy yo; no soy el Occidente; soy el Oriente luminoso, soy el Sol de media noche!"

¿De quién era ese mundo, señores? Ese mundo, sí, era de otra raza.

Aquel mundo estaba al parecer, vacío. Mirad los hombres que allí existían. Proceden de una noche sin recuerdos. Fuera de algunos núcleos de civilización, que agrupan en torno suyo algunos pueblos, — cuyo estudio sociológico debemos considerar teniendo en cuenta algunas circunstancias, — en materia industrial no conocían la rueda, en materia económica no conocían la moneda, en materia moral no conocían a Dios y ofrecían sacrificios humanos a sus divinidades grotescas!

Aquel mundo parecía que estaba vacío; aquella estrella que bri-

llaba, que titilaba en el cielo solitario, parecía que esperaba a alguien capaz de comprenderla! Aquella naturaleza espléndida, parecía que esperaba a alguien que fuera capaz de comprenderla, de amarla y de hacerla madre!

Por consiguiente nosotros, señores oímos claramente los cañonazos de "La Pinta", oímos el grito de "Tierra!" de las tricolaciones arrodilladas; pero no podemos oír y no somos capaces de interpretar quizás el grito aquel lanzado por la gran naturaleza americana al sentir clavarse en su suelo la cruz, emblema de su religión, la cruz cristiana que se levantara catorce siglos atrás en las cumbres del Calvario, la cruz roja en campo blanco, gloriosa enseña de Castilla que acababa de salvar a la civilización de Europa, flameando en las almenas de las torres de Granada!

(Aplausos).

— Allí, señores, empezó la nueva era. Los historiadores han dicho y dicen, que la Edad Moderna empieza en la clasificación clásica, en la toma de Constantinopla por Mahomet. Yo creo, señores, que la Edad Nueva empieza en este momento, en el momento en que la tierra, envuelta en nieblas en su tercera parte, se descubrió por fin al hombre y en el momento en que esa tierra que no hablaba, que no sentía, que no amaba, que no lloraba, empezó a sentir, a amar, a llorar, y empezó a sentir, a amar y a llorar en lengua española,...

(Aplausos).

— ...que es nuestra gloria, que

es nuestro verbo, que es nuestro ser!

(Aplausos).

— América, desde ese momento, es española, y tiene que seguir siéndolo.

¿Hay alguien que tenga derechos de primacía sobre ese pueblo descubridor? ¿Tenemos en nuestra lengua, en nuestra estirpe, elementos suficientes para recuperar el puesto aquel en que España, cuando no se ponía el Sol en sus dominios, era la nación protagonista del mundo? ¿Por qué hemos de dudarlo? ¿Si lo fué, por qué no lo es? ¿Y si no lo es, por qué no ha de serlo? Señores: nosotros debemos creer que como lo fué, lo es más o menos en germen, y como lo es y lo fué, lo será! Luchar porque lo sea, es luchar por nosotros mismos.

El ilustre Presidente de este Centro acaba de decir que él pugna por la influencia, por la gloria, por la personalidad, digamos así, de la patria española. ¡Pero si creo que pugna lo mismo que nosotros por la personalidad, por la gloria, de la patria común! ¡Si nosotros somos españoles nacidos en América, como vosotros, señores, sois americanos nacidos en España!

(Aplausos).

— La generación americana, señores, fué, en su origen, española. En español se pronunció aquí, por primera vez, el nombre de Dios, el nombre de la madre, el nombre de la patria, el nombre de la ilusión, el nombre de la gloria! ¿No tiene nuestra lengua

bastante energía para seguirlo pronunciando?

Después del descubrimiento y de la colonización por parte de España y Portugal, — porque, señores, yo hago de España y Portugal una sola entidad sociológica que llamo “Hispania” — vinieron otras familias, vino, sobre todo, la familia inglesa, que descubrió la parte Norte de América — sea en buena hora — que la Providencia puso a su disposición. Recuerdo un pensador inglés que decía a los representantes de la América española: “Vosotros sois nuestros hermanos mayores. Cuando nosotros recién poblábamos las márgenes del Mississipi, vosotros ya érais fundadores de ciudades. Sois vosotros los que tenéis derecho preferente a llamaros “americanos”.

Eso es dicho por un inglés. Ahora bien, señores: la familia inglesa, como la española, se bifurcó o se trifulcó. Se estableció en América del Norte la una, en América del Sur la otra.

Estoy estudiando, señores, los esfuerzos que hizo Inglaterra para vincular su ser con el ser anglo-americano; los empeños que hizo para desvanecer las diferencias fundamentales y hasta los antagonismos poderosos que existen entre los dos grandes países. “Es preciso — decía Lord Churchill últimamente — que nosotros reconozcamos que existe un “english speak”, un mundo, un pueblo de lengua inglesa, y que ese es uno solo”. Es preciso, señores, que nosotros hagamos muy profunda la convicción de que la ne-

cesidad que tenemos, — para ser realmente un pueblo grande cada uno de nuestros pueblos americanos, incluso España, — de pugnar por hacer un pueblo de lengua española.

Nuestro pueblo americano se dividió, propiamente, y no pudo hacer la conglomeración que hizo el pueblo de lengua inglesa. Muchas circunstancias constituyeron la ley en ese sentido.

Primero, de las dos hermanas ibéricas, de las dos hermanas hispánicas — España y Portugal —, España tomó como sede de su conquista primero, de su gloriosa colonización después, toda la parte del Pacífico. Si lo observáis bien, esa enorme columna vertebral de los Andes, en sus dos vertientes, constituyó la sede del mundo español, del pueblo de lengua española, cuya cabeza era Lima en el Pacífico. Esas vertientes de los Andes, que llegan, precisamente, en sentido del Oriente, hasta la cuenca de los grandes ríos que dividen en dos el Continente americano, el Paraná, el Uruguay y el Paraguay que se derraman en este estuario del Plata para ir al Atlántico, parece que dividieran los dominios españoles de los dominios portugueses. Portugal tuvo como sede una especie de continente especial que está cerca del Atlántico.

La limitaban esos grandes ríos que vienen desde las entrañas de América, el Uruguay, el Paraná, el Paraguay, cuyas fuentes vienen a confundirse — si tuviéramos el mapa geográfico lo veríais con toda fidelidad, pero vosotros

¿Véis en vuestras imaginaciones — con las fuentes del Amazona y van a derramarse, este último hacia el Norte, hacia el Atlántico, y los primeros por el estuario del Plata hacia el Sur, en el mismo Océano Atlántico. El mundo del Brasil era una especie de continente del Atlántica y un continente incomparablemente más joven que el otro continente que constituía el lote de nuestra madre España. En el otro continente, en el que tiene por eje la columna vertebral de los Andes, véis vosotros una serie no interrumpida de volcanes en ignición. Parece que ese mundo fuera un mundo recién construido; esos terremotos de que estáis oyendo hablar constantemente, parecen — permítaseme la expresión — que son los golpes de martillo que dan los cíclopes que están construyendo aquel continente y que hacen retemblar sus costras poderosas.

En el otro lado, en el Levante, la orografía del Brasil no tiene un solo nudo volcánico; está completamente apagada. Los cíclopes que lo constituyeron, o se murieron, o están tranquilos!...

(Hilaridad)

— ...Ellos nos dejan tranquilos. Si es cierto que este Cerro de Montevideo es la última vértebra, como dicen, de ese levantamiento orográfico, vosotras, señoras, podéis dormir tranquilas; el Cerro de Montevideo no os incomodará. Es un mundo completamente apagado. Tiene menos importancia de lo que parece, señores, este concepto.

El lote español, el mundo de

lengua española, se desarrolló todo en esa gran columna vertebral del Pacífico; venía a morir en las cuencas de estos grandes ríos, y todo eso eran los antiguos virreynatos. No digo ya en el otro continente, Méjico y Centro América; pero en este mismo continente del Sur, el primitivo virreynato de Lima, la presidencia de Chile después y por fin, en los últimos años el Virreynato de Buenos Aires, parecía concluir en la cuenca del Plata. Pero del otro lado del Plata, quedaba un pedacito de territorio muy raro. Orográficamente o geológicamente, pertenecía a los dominios de Portugal. Según eso, ese pedazo de territorio que está entre el Plata y el Atlántico, que con la imaginación estáis viendo y con el corazón, sobre todo, estáis queriendo sobre todo los pedazos que existen en la tierra, ese pedazo entre el Plata y el Atlántico que constituye nuestro patrimonio, era, geológicamente, parte del mundo de Portugal.

¿Por qué no fué parte, en definitiva, del mundo portugués? Porque si era geológicamente parte del mundo portugués era, sociológicamente, parte del mundo español, porque hablaba castellano. He ahí por qué, señores, ese pedazo pequeño de tierra entre el Uruguay, el Plata y el Atlántico hubo de haber sido, en virtud de las leyes que rigen en las entrañas de la tierra, independiente; no podía ser argentino, porque era, geográficamente, brasilero, y no podía ser brasilero porque era sociológicamente argentino, porque

era una personalidad independiente por naturaleza.

Ahí tenéis señores, uno de los remotos orígenes de nuestra independencia y una de las razones por las cuales puedo yo afirmar que, entre los pueblos españoles que al romper los vínculos con la metrópoli y constituirse independientes — sin por eso romper los vínculos de la sangre con esa misma metrópoli, — entre todos ellos ninguno puede ser más español, más cordialmente español, ninguno puede identificar más la propia personalidad, la propia independencia, la propia gloria con el amor a España como debe hacerlo y puede hacerlo y lo hará siempre esta República Oriental del Uruguay!

(Aplausos)

— Con esa convicción, señores, que he querido apoyar lo más pintoresca, pero al mismo tiempo, lo más científicamente posible, puedo afirmar que he adherido cordialmente a esta invitación del Centro Gallego a que todos nos reunamos, todos los que queremos a España — pues la queremos todos los que aquí estamos — para recrecentar en nuestro corazón ese amor a España, estando seguros de que cultivamos fervientemente el mismo amor a la patria y al país, — como decía al hablar de la palabra raza — en que se funda nuestra nacionalidad.

La independencia americana, señores, hubo de realizarse; era el hijo que, sintiéndose mayor de edad, pone su casa aparte, aunque tenga que tener disensiones más o menos violentas, más o menos in-

gratas con la madre.

Aquellos gritos de guerra de la independencia americana que parecían gritos de odio, no eran tal cosa, señores! Era que el pájaro ya sentía alas para volar dentro del nido; que las yemas de los árboles se sentían hincharse para abrir y producir flores y luego producir frutos. En este tiempo, señores, parece que los pájaros se persiguen y se hieren; y no se persiguen, señores: es que se buscan! No se hieren; es que se besan! Esas son las grandes batallas de nuestra independencia; eran los gritos de la gloria impresos en la raza, para reproducirse y vivir! — (Aplausos).

— Esa fué la independencia americana. Pero desde su comienzo, en el Río de la Plata y muy especialmente en esta nuestra República del Uruguay, veréis vosotros cómo se identifica el esfuerzo común con el esfuerzo por conservar la estirpe española.

La independencia americana, señores, yo la hago arrancar del año 1804. En 1804 tuvo lugar la gloriosa batalla de Trafalgar en que la madre España perdió el dominio de los mares en el gran combate. Destruída la escuadra española en Trafalgar, el inglés triunfante ataca las Colonias Españolas. Va primero al Sur de Africa y en seguida atraviesa el Atlántico y ataca las colonias del Río de la Plata. Entonces tenemos el esfuerzo de Montevideo. La bandera roja, bandera de rapiña entonces, pasa por frente a Montevideo que ve artillado y cae sobre Buenos Aires, tomándolo; pero ense-

guida se despierta en Montevideo un sentimiento puramente español, sentimiento popular que inicia la reconquista de Buenos Aires y, como vosotros lo sabéis, la realiza. Ruiz Huidobro, Gobernador de Montevideo, y el pueblo todo del Uruguay, en un movimiento verdaderamente asombroso, pues el que tenía un bote daba un bote, el que tenía una pistola daba una pistola, el que tenía un real daba un real, armó una expedición conquistadora y con el pecho de los caballos — entre los cuales iba un caballo en el que nosotros tenemos que fijar mucho nuestra atención, — con los pechos de los caballos expugnaron la fortaleza de Buenos Aires e hicieron entregar al inglés su espada vencida. Ese caballo que tanto me llama la atención, iba montado por un gran caballero, Ese caballero se llamaba José Artigas. El expugnó la fortaleza de Buenos Aires entre los orientales que unidos a los hermanos del otro lado, arrearon los pabellones ingleses y volvieron a izar el glorioso pabellón español.

Buenos Aires reconquistada, se presenta a España pidiendo los laureles de la reconquista como si ella la hubiera realizado. Ella contribuyó poderosamente a llevarla a cabo, pero Montevideo deduce, inmediatamente, tercería. Buenos Aires, nuestra hermana, nuestra querida, nuestra predilecta hermana, reclama como galardón de la victoria el uso de la corona real en su escudo colonial: palma y espada, y el uso de las banderas inglesas rendidas en la

reconquista. Pero Montevideo deduce su tercería y en esa tercería triunfa y el gobierno de la Madre no se llamó y se llama aún “La Patria declara que ha de ser Montevideo la que se ha de llamar con Muy Fiel y Reconquistadora” ciudad de Montevideo, y la que ha de tener el derecho de llevar en su escudo colonial, una palma, una espada, y las banderas inglesas rendidas. Era el espíritu español el que despertaba entonces, en defensa de la propia personalidad americana.

Pero no fué solamente eso: enseguida, atacada de nuevo Buenos Aires por los ingleses, éstos ya no pasaron de largo por las murallas de Montevideo. Tiene lugar entonces el ataque formidable de la escuadra y el ejército inglés, y Montevideo cae entre las ruinas de su propia ciudadela, dejando cubierta de sangre y de pólvora la bandera española.

Uno de los abuelos de mis hijos, cayó herido ahí. Era Juan Benito Blanco, que había de ser después uno de los constituyentes. De diez y siete años de edad, él mismo, personalmente, había equipado una compañía de soldados que había ido a la reconquista de Buenos Aires, para volver después a caer moribundo en las trincheras de Montevideo. Era la raza española; el mundo americano no quería ser francés, ni ser inglés, ni nada que no fuera español: quería ser independiente, pero como hijo legítimo de España. Ese Artigas que expugnó con el pecho de su caballo la ciudadela de Buenos Aires es después el héroe de

Nuestra tierra, y es el héroe os lo aseguro, porque sabéis que lo he estudiado en sus detalles, que casi le he oído la voz, casi le he visto el color de los ojos — más profundamente español entre los héroes americanos. En su historia no encuentro una sola palabra que revele que renegaba de su estirpe; él quería la independencia de la patria, pero de la patria verdaderamente española.

¿Créis vosotros, señores, disintiendo del sentir de nuestros héroes, disintiendo de la voz hasta de las entrañas de la Tierra, disintiendo de vuestros propios sentimientos, que nosotros podemos constituir una patria uruguaya, que los argentinos pueden constituir una patria argentina, que los chilenos pueden constituir una patria chilena, no españoles? ¿No sentís profundamente que el cambio de lengua, el cambio de carácter, el cambio de tradición, significa casi la muerte de la patria independiente americana?

La consecuencia me parece que fluye vigorosa e intergiversable. Nosotros estamos celebrando los centenarios de la Patria; acabamos de celebrar hace pocos días la carga aquella del Rincón; mañana vamos a celebrar la otra carga de Sarandí; después vamos a celebrar la última carga del año Veinticinco, que se está olvidando demasiado y es preciso recordar: la toma del Fuerte de Santa Teresa por Leonardo Olivera, el 31 de Diciembre de 1825. Todas son cargas de caballería, continuación de aquella carga primitiva, contra los baluartes ingleses.

El caballo, señores! El caballo viene a ser el símbolo de la independencia y del esfuerzo de todas las Repúblicas americanas.

El indio, aquel que encontró el descubrimiento, aquel que encontró la nueva raza, la nueva estirpe que esperaba este mundo, el indio no tenía caballo! Andaba siempre a pié; no conocía el caballo. Va triste... ¿Sufre acaso a nostalgia de su olvidado divino origen? El tiempo le ha tostado la piel con los cambiantes del rojo... no canta sino alguna que otra canción o cantilena triste... no ríe... Colectivamente, no tiene recuerdos. Aquella es una colectividad, es un ente colectivo sin memoria, y un ente colectivo sin memoria es un muerto, o es un loco! Y, lo que es peor, aquel desgraciado no sabe llorar por sus ojos negros. Bien está, señores, en el corazón del hombre americano, y aún del poeta cristiano, una lápida de simpatía y hasta de ternura hacia aquella pobre raza, que algo de común tenía con nosotros. El hombre es un árbol arraigado en la tierra. Si nosotros nos sentimos a veces compatriotas de un árbol que vemos en el extranjero, sólo porque es un árbol de nuestro país, ¿cómo no hemos de sentir algún vínculo con el hombre, que también fué arraigado, como nosotros, en esta tierra?

Pero es indudable que aquella raza estaba llamada a desaparecer, a ser sustituida por la raza conquistadora. Y nosotros, señores, no somos de la raza conquistada. Somos de la raza conquistadora! De manera que, si se quie-

ben imputar cargos de conciencia, hagámonos cargos de conciencia. Somos nosotros los que gozamos de las consecuencias de la conquista y somos nosotros los que, si se ha de tener compasión de la raza que ha desaparecido, debemos obligar los primeros a nuestro corazón!

Aquellos hombres, pues, no andaban a caballo; esos caballos que constituyeron toda la gloria de nuestra epopeya heroica, eran caballos que nos trajeron los españoles. Cuando se piensa en la influencia del caballo, se ve qué unida está la historia de los animales con la historia de los hombres! Cuando se piensa en el caballo, uno cree recordar aquellos doce potros fantásticos de la Ilíada que pasaban sobre las espigas sin romper los tallos, o que pasaban sobre el mar sin mojarse los cascos. Se recuerda a Poseidón, al Neptuno de los latinos que golpeando la roca con su tridente, ve surgir de las olas los caballos llenos de espuma!

Aquellos caballeros, señores, fueron los que realizaron nuestra epopeya heroica; caballeros no sólo

lo porque andaban a caballo, sino porque tenían la tradición del caballero español, del hidalgo español, del apasionado por el ideal español, del Quijote, que siempre tenemos alguno dentro de nuestro corazón!

(Muy bien! Aplausos).

-- ¿Se es, señores, el alto significado que yo encuentro en este acto tan simpático. Esa es la razón por la cual yo adhiero; no sólo por amor a España, no sólo por honor de España, no sólo por hacer favor a España, a este cultivo del sentimiento del amor, de ternura, de consecuencia con la madre que nos trajo la civilización, que estamos queriendo inculcar en todos y cada uno de los pueblos de la América independiente, sino porque yo creo que ese amor a España, esa consecuencia con España, es la razón de nuestra vida, la razón de nuestra libertad, de todo nuestro pasado, y sólo sobre esa base podemos conquistar, como conquistaremos, nuestro porvenir!...

(Muy bien! Prolongados aplausos).

— Talleres Gráficos —  
**EDITORIAL APOLO**

— :: —

Maldonado N.º 1037

— MONTEVIDEO —

— :: —

1925

....Recuerdo el Descubrimiento de América, gloria inmarcesible y exclusiva de España....

---

....Si nosotros somos españoles nacidos en América, como vosotros, señores, soís americanos nacidos en España....

---

....La generación americana, señores, fué en su origen Española. En español se pronunció aquí, por primera vez el nombre de Dios, el nombre de la madre, el nombre de la patria, el nombre de la ilusión, el nombre de la gloria....

---

....Aquellos gritos de guerra de la independencia americana que parecían de odio, no eran tal cosa, señores! Era que el pájaro ya sentía alas para volar dentro de su nido; que las yemas de los árboles se sentían hincharse para abrir y producir flores y luego producir frutos. En este tiempo, señores, parece que los pájaros se persiguen y se hieren; y no se persiguen, señores: es que se buscan. No se hieren: es que se besan. Esas son las grandes batallas de nuestra independencia; eran los gritos de la gloria impresas en la raza, para reproducirse y vivir....

---

....¿Creéis vosotros, señores, disintiendo del sentir de nuestros héroes, disintiendo de nuestros propios sentimientos, que nosotros podemos constituir una patria uruguaya, que los argentinos pueden constituir una patria argentina, que los chilenos pueden constituir una patria chilena, no españolas? ¿No sentís profundamente que el cambio de lengua, el cambio de carácter, el cambio de tradición, significan casi la muerte de la patria independiente americana?....

---

....sino porque yo creo que ese amor a España, esa consecuencia con España, es la razón de nuestra vida, la razón de nuestra libertad, de todo nuestro pasado, y solo sobre esa base podemos conquistar, como conquistaremos nuestro porvenir....

ZORRILLA DE SAN MARTIN